

Cuando el anacoreta cesó de hablar, Rama, juntando las manos, se dirigió de nuevo al magnánimo Vizvamitra en estos términos: «Igual mérito hay en escuchar, que en repetir, santo Brahma, la historia que acabas de contar-nos: así que, desearia nos la refirieses mas estensamente. ¿Cómo es que el Ganjes recorre así tres lechos en medio de los hombres, cuando es el rio inmortal de los dioses? ¿Cuáles son los deberes que este rio, tú que estás tan versado en la ciencia de las virtudes, ha de cumplir en los tres mundos?»

Entonces Vizvamitra, el hombre de las grandes mortificaciones, contestando á las palabras del Kakutsthide, le refirió estensamente esta historia:

«En otro tiempo, un rey llamado Sagara, justo como la justicia misma, regia con toda felicidad los destinos de Ayudhya; no tenia y deseaba tener hijos. La primera de sus dos esposas, *princesa de los hermosos cabellos*, era hija del rey de los Vidarbhas; dábale con justicia el nombre de Kezini, por ser muy virtuosa y por no haber manchado nunca sus labios con una mentira. La segunda esposa de Sagara era la hija de Aristhtanemi, mujer dotada de una virtud superior y de una hermosura sin igual en la tierra.

«Excitado por el ardiente deseo de tener un hijo, se entregó el rey con sus esposas á los rigores de la penitencia en el monte en que nace el rio que debe su nombre el Bhrigu. Y por último, despues de haber pasado mil años entregado á la mortificacion, el mas eminente de los hombres verdícos, el anacoreta Bhrigu, compadecido de la austeridad de su vida, concedió, noble Kakutsthide, aquella gracia al monarca penitente.

«Alcanzarás, santo rey, le dijo, numerosos hijos, y nadie en el mundo igualará la gloria de tu noble raza. La una de tus mujeres dará á luz un niño para el aumento infinito de tu posteridad, y tendrá la otra sesenta mil hijos.»

«Terminadas estas palabras, las dos mujeres de Sagara se dirigieron en actitud suplicante al solitario, tesoro de penitencia, de justicia y de verdad, diciéndole: «¿Cuál de nosotras, santo brahma, no tendrá mas que un hijo, y cuál los ha de ver tan numerosos? Hé aquí lo que deseamos saber: ¡ojalá que la gracia acordada sea para nosotras una verdad completa!»

«A estas palabras, contestó el escelente anacoreta á las dos mujeres: «Dejo esto á vuestra eleccion. Pedidme lo que deseais, y cada cual verá cumplido su deseo; la una tendrá un solo hijo cuya descendencia será numerosa, la otra tendrá muchos que carecerán de posteridad.»

«En vista de lo manifestado por el solitario, la hermosa Kezini pidió y obtuvo el hijo único, Rama, que habia de propagar su raza. La hermana de Garuda Sumati, la segunda esposa, alcanzó el don que habia preferido, hijo valiente de Raghu, ó sean los sesenta mil ilustres hijos. Luego el rey saludó á Bhrigu, el mas virtuoso de los hombres virtuosos, describiendo un pradakhshina al rededor del santo anacoreta, y se volvió á su capital en compañía de sus dos mujeres.

«Despues de haber trascurrido bastante tiempo, la primera de las esposas dió á luz un hijo de Sagara, al que se le puso por nombre Asamandjas. El hijo, empero, que parió Sumati, era una verde calabaza que se rompió, noble Raghuide, saliendo de ella sesenta mil hijos.

«Las nodrizas hicieron colocar la pequeña y numerosa familia en urnas llenas de manteca clarificada, y todos los pequeñuelos, despues de algunos años, sin salir de aquella cuna, llegaron á la adolescencia. Los sesenta mil hijos del rey Sagara, fueron todos ellos iguales en edad, vigor y esfuerzo.

«Asamandjas, el mayor de los hermanos, fué desterrado de la ciudad por su padre, porque aquel héroe que era el esterminio de los enemigos, perjudicaba á los ciudadanos. Pero Asamandjas tuvo un hijo, llamado Anzummat, príncipe querido de todo el mundo, y que para todo el mundo tenia palabras de consuelo.

«Ya casi entonces, y aun mucho tiempo despues, se le ocurrió á Sagara una idea: Preciso es, dijo para sí, que yo celebre el sacrificio de un azwamedha.»

«En aquel pais en que el monte Vindhya y el *afortunado* suegro de Ziva, el Himalaya, rey de las montañas, se contemplan mutuamente pareciendo querer desafiarse; en aquel pais fué donde Sagara celebró su piadoso sacrificio, por ser un pais inmenso, santo, célebre y habitado por un noble pueblo.

«Allí, segun su orden, fué tambien su nieto, Anzummat el héroe, no menos diestro en manejar el pesado arco que en conducir el gran carro.

«Mientras que el rey estaba contemplando absorto la celebracion del sacrificio, hé aquí que salió del fondo de la tierra una serpiente bajo la forma de Ananta, robando el caballo destinado para el cuchillo del sacrificador. Entonces, hijo de Raghu, al ver que habia sido robada aquella víctima, los sacerdotes celebrantes se presentaron al monarca que habia dispuesto el sacrificio, diciéndole:

«Cualquiera que sea el que bajo la forma de serpiente ha robado el corcel destinado para el sacrificio, debe ser, gran rey, condenado á muerte, siendo preciso además que nos presentes el caballo; porque el no estar en la ceremonia, es una gran falta que puede causar nuestra ruina. Cumple pues con este deber, á fin de que tu sacrificio sea en un todo digno.»

«Al oír el príncipe en aquella gran asamblea las palabras terminantes de sus directores espirituales, hizo llamar á sus sesenta mil hijos, y dijo: «Veo que ni los rakshasas ni los mismos Nagas han podido inmiscuirse en esta augusta ceremonia, por ser los grandes rishis los que velan por mi sacrificio. Cualquiera que sea el ser divino que bajo la forma de serpiente se haya apoderado del caballo, vosotros, hijos míos, debeis ver con justa cólera la falta cometida al principiarse las ceremonias de mi sacrificio, é ir, ya se oculte en los infiernos, ya en el fondo de las aguas, ir, digo, á darle la muerte que merece y traerme el caballo. Sed felices en vuestra empresa.

«No pareis hasta tener el caballo ante vuestros ojos, aunque tengais que penetrar en las húmedas guirnaldas del mar, ó recorrer el mundo todo á costa de grandes esfuerzos. Rompa cada cual de vosotros un yaudjana de la tierra; id todos unos en pos de otros, y así os prevengo busqueis cuidadosamente el raptor de nuestro caballo.

«En cuanto á mí, obligado por las ceremonias preliminares de mi sacrificio, me quedaré aquí en compañía de mi nieto y de los sacerdotes celebrantes, hasta que por nuestra dicha hayais logrado hallar el corcel.»

«Así que recibieron la orden de Sagara, se dispusieron sus hijos con placer á cumplirla, empezando Rama por desgarrar el seno de la tierra. Era de ver como aquellos hombres heroicos hendian el globo; cada cual de ellos en la extension de un yaudjana, con una fuerza igual á la del rayo.

«La tierra herida á la vez por tantos palos, mazas, lanzas, azadas y piquetas, empezó á lanzar como gritos ahogados de dolor, producidos por los numerosos nagas, enormes serpientes, rakshasas y asuras que eran muertos ó heridos.

«Y como iba la cólera dando creces al vigor de aquellos